



Aquí empieza una historia, que
estoy seguro os sonará.

El protagonista es Alberto, un chico
como vosotros que estaba pasando
un mal rato; sí, se encontraba en un
aprieto: ¡era la hora de cenar!

Al empezar a masticar la ensalada se le había atragantado, la tenía a media garganta y no quería bajar.

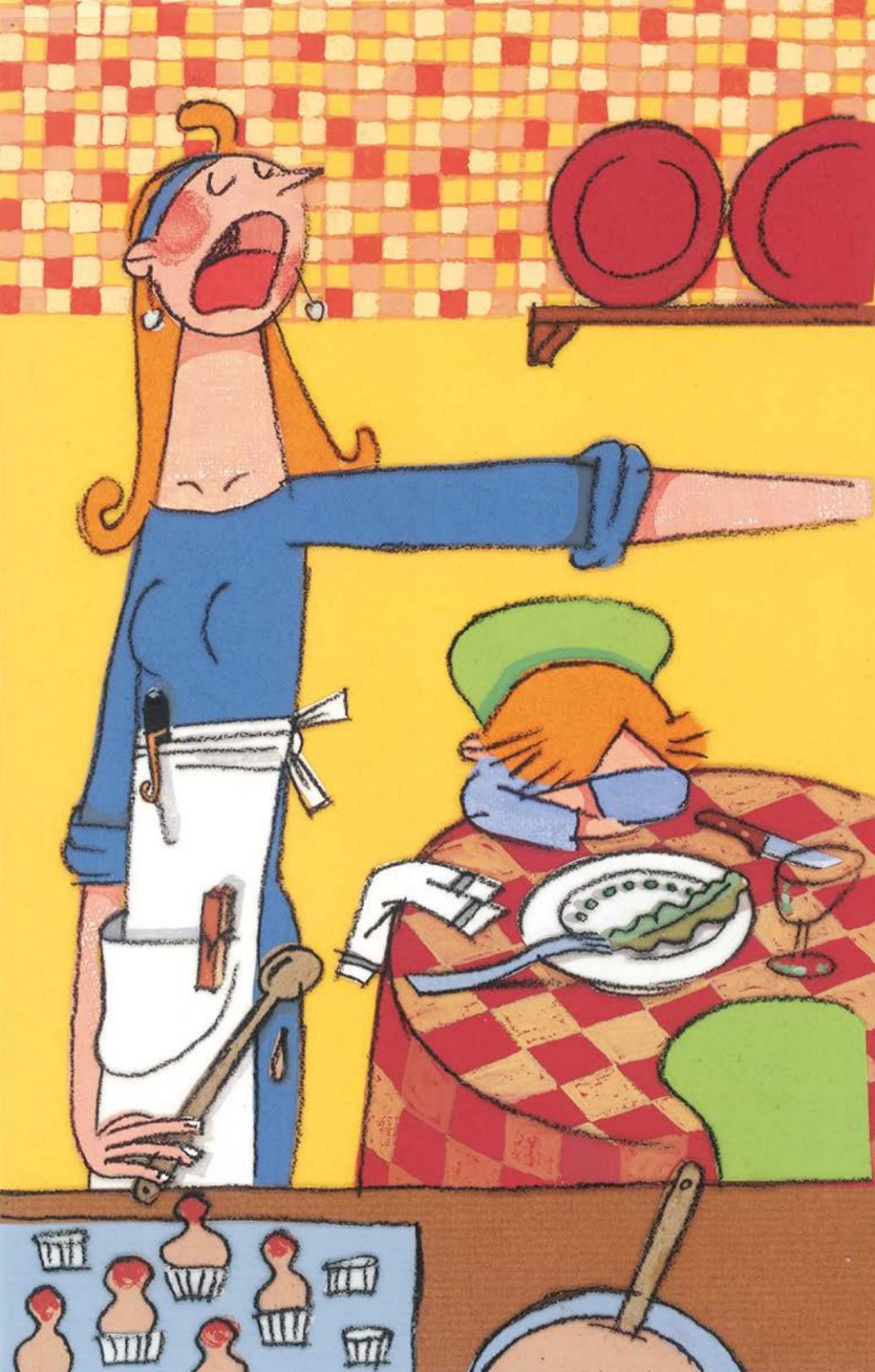
–¡Si no comes, te quedarás sin ver la tele! –sentenció su madre.

Mamá no bromeaba y Alberto recurrió al viejo truco de la enfermedad.

8

–Mamá, me encuentro mal... Me parece que...

–¡Ni hablar!, ¡si no quieres comer, se acabó la cena! Vete a la cama ahora mismo, que esto te lo comerás mañana para desayunar.





La verdad es que, después de lo que había dicho su madre, Alberto no se atrevió a añadir nada. ¡Hala!, a la cama refunfuñando, con hambre y sin tele... ¡Y un sábado! ¡El único día de la semana que podía acostarse más tarde!

«¡Jo, y todo por culpa de una ensalada!», se dijo Alberto muy enfadado.

11

Veía venir una noche llena, repleta, de pesadillas.

–Buenas noches –le dijo su madre al cerrar la puerta de su habitación.

Lo cierto es que Alberto no tenía ni pizca de sueño y no podía dejar de



pensar en los tomates y las
lechugas, culpables del desastre de
aquella noche.